J. D. Salinger

Nueve cuentos

Traducción de Carmen Criado

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Nine Stories*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con J. D. Salinger Literary Trust
a través de International Editors' Co., Agencia Literaria, Barcelona

Primera edición: 1990
Cuarta edición, con nueva traducción: 2016
Cuarta reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 1948, 1949, 1950, 1951, 1953 by J. D. Salinger
Copyright © renewed 1975, 1976, 1977, 1978, 1979, by J. D. Salinger
© de la traducción: Carmen Criado, 2016
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1990, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

PAPEL DE FIBRA CERTIFICADA

ISBN: 978-84-9104-450-5
Depósito legal: M. 18.083-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

13 Un día perfecto para el pez plátano
31 El tío Wiggily en Connecticut
53 Justo antes de la guerra con los esquimales
73 El hombre que ríe
94 En el bote
109 Para Esmé, con amor y sordidez
141 Linda mi boca y verdes mis ojos
159 El período azul de Daumier-Smith
200 Teddy

Para Dorothy Olding
y Gus Lobrano

Conocemos el sonido de la palmada de dos manos, pero ¿cuál es el sonido de la palmada de una sola mano?

Un koan zen

Un día perfecto para el pez plátano

Había noventa y siete publicistas de Nueva York en el hotel y, debido a la forma en que monopolizaban las líneas telefónicas de larga distancia, la chica de la habitación 507 tuvo que esperar desde el mediodía hasta casi las dos y media para conseguir su llamada. Pero no perdió el tiempo. En una revista femenina de bolsillo leyó un artículo titulado «El sexo es un placer… o un infierno». Lavó su cepillo y su peine. Quitó una mancha de la falda de su traje beige. Corrió un botón de su blusa de Sacks. Se arrancó con unas pinzas dos pelos que le habían salido en un lunar. Cuando la telefonista llamó finalmente a su habitación, estaba sentada en el asiento de la ventana y casi había acabado de pintarse las uñas de la mano izquierda.

Era el tipo de chica que no dejaba absolutamente nada por el timbre de un teléfono. Parecía como si lo hubiera estado oyendo sonar sin parar desde que había llegado a la pubertad.

Mientras el timbre seguía sonando, repasó con el pincel la uña de su dedo meñique, acentuando la línea de la media luna. Luego volvió a tapar el frasco de esmalte y, ya de pie, abanicó el aire con la mano izquierda, la que aún no se había secado. Con la mano seca, cogió del asiento un cenicero lleno de colillas y se lo llevó con ella a la mesilla de noche, donde estaba el teléfono. Se sentó en una de las camas gemelas y, al quinto o sexto timbrazo, contestó.

–¿Diga? –dijo manteniendo los dedos de la mano izquierda estirados y alejados de su bata de seda blanca, que era todo lo que llevaba puesto, aparte de las zapatillas (los anillos estaban en el baño).

–Su llamada a Nueva York, señora Glass –dijo la telefonista.

–Gracias –dijo la chica mientras hacía sitio en la mesilla para el cenicero.

Una voz de mujer llegó a través del hilo telefónico.

–¿Muriel? ¿Eres tú?

La chica alejó un poco el auricular de la oreja.

–Sí, mamá. ¿Cómo estás? –dijo.

–No sabes lo preocupada que he estado por ti. ¿Por qué no has llamado? ¿Estás bien?

–Traté de hablar contigo anoche y la noche anterior. El teléfono ha estado…

–¿Estás bien, Muriel?

La chica aumentó el ángulo abierto entre el auricular y su oreja.

–Estoy bien. Tengo calor. Hoy es el día más caluroso en Florida desde…

–¿Por qué no me has llamado? No sabes lo preocupada que…

–Mamá, querida, no me grites. Te oigo perfectamente –dijo la chica–. Anoche te llamé dos veces. Una de ellas justo después de…

–Le dije a tu padre que probablemente llamarías anoche. Pero no, él tenía que… ¿Estás bien, Muriel? Dime la verdad.

–Estoy bien. Deja de preguntármelo, por favor.

–¿Cuándo llegasteis?

–No sé. El miércoles por la mañana, a primera hora.

–¿Quién condujo?

–Él –dijo la chica–. Y no te subas por las paredes. Condujo muy bien. Me sorprendió.

–¿Que condujo él? Muriel, me prometiste que…

–Mamá –interrumpió la chica–. Acabo de decírtelo. Condujo muy bien. De hecho, fue a menos de ochenta todo el camino.

–¿Trató de hacer alguna de esas cosas raras con los árboles?

–Te he dicho que condujo muy bien, mamá. Tranquila, por favor. Le dije que no cruzara la línea blanca ni nada de eso, y él lo entendió y me hizo caso. Hasta trataba de no mirar a los árboles, se le notaba. A propósito, ¿le han arreglado el coche a papá?

–Aún no. Piden cuatrocientos dólares sólo por…

–Mamá, Seymour le dijo a papá que lo pagaría él. No hay razón para…

–Bueno, ya veremos. ¿Cómo estuvo… en el coche y todo eso?

–Bien –dijo la chica.

–¿Siguió llamándote esas cosas horribles que…?

–No. Ahora me llama algo nuevo.

–¿El qué?

–¡Qué más da, mamá!

–Muriel, quiero saberlo. Tu padre…

–Está bien, está bien. Me llama Miss Golfa Mística 1948 –dijo la chica riéndose.

–No tiene gracia, Muriel. No tiene ninguna gracia. Es horrible. La verdad es que es muy triste. Cuando pienso cómo…

–Mamá –interrumpió la chica–. Escúchame. ¿Te acuerdas de ese libro que me mandó desde Alemania? Ya sabes… ese libro de poemas en alemán. ¿Qué hice con él? He estado devanándome los…

–Lo tienes.

–¿Estás segura? –dijo la chica.

–Claro que sí. Mejor dicho, lo tengo yo. Está en el cuarto de Freddy. Lo dejaste aquí y ya no cabía en la… ¿Por qué? ¿Lo quiere?

–No. Sólo me preguntó por él cuando veníamos en el coche. Quería saber si lo había leído.

–¡Pero si estaba en alemán!

–Sí, mamá. Pero no importa –dijo la chica cruzando las piernas–. Dijo que esos poemas los había escrito el único gran poeta del siglo. Dijo que yo debería haber comprado una traducción o algo así. O que debería haber aprendido alemán, ¿te imaginas?

–Es horrible. Horrible. La verdad es que es triste, eso es lo que es. Tu padre dijo anoche que…

–Un momento, mamá –dijo la chica.

Se acercó al asiento de la ventana para coger sus cigarrillos, encendió uno y volvió a sentarse en la cama.

–¿Mamá? –dijo exhalando una bocanada de humo.

–Muriel. Escúchame.

–Te estoy escuchando.

–Tu padre ha hablado con el doctor Sivetski.

–Ah, ¿sí?

–Le ha contado todo. Al menos eso dice, ya conoces a tu padre. Lo de los árboles. Lo de la ventana. Esas cosas horribles que le dijo a la abuela acerca de lo que ha planeado para su muerte. Y lo que hizo con todas esas fotos tan bonitas de Bermudas… Todo.

–¿Y qué?

–Verás. En primer lugar el doctor le ha dicho que fue un auténtico crimen que el ejército le permitiera dejar el hospital. Palabra de honor. Le ha dicho que es posible, muy posible, que Seymour se descontrole totalmente. Palabra de honor.

–Hay un psiquiatra aquí en el hotel –dijo la chica.

–¿Quién es? ¿Cómo se llama?

–No sé. Rieser o algo así. Dicen que es muy bueno.

–Nunca he oído hablar de él.

–Pues aun así dicen que es muy bueno.

–Muriel, no seas descarada, por favor. Estamos muy preocupados por ti. Tu padre quería mandarte un telegrama anoche para que vuelvas a casa. De hecho…

–No pienso volver, mamá. Así que tranquila.

–Muriel. Te doy mi palabra. El doctor Sivetski ha dicho que Seymour puede descontrolarse total…

–Acabo de llegar, mamá. Son mis primeras vacaciones en años y no pienso hacer las maletas corriendo para volver a casa –dijo la chica–. De todas formas, no estoy en condiciones de viajar. Me he quemado tanto con el sol que apenas puedo moverme.

–¿Que te has quemado? ¿No has usado el bronceador que te puse en la maleta? Lo puse en…

–Sí lo he usado. Pero me he quemado igual.

–Eso es horrible. ¿Dónde te has quemado?

–En todas partes, mamá, en todas partes.

–Eso es horrible.

–Sobreviviré.

–Dime. ¿Has hablado con ese psiquiatra?

–Bueno, más o menos –dijo la chica.

–¿Y qué te dijo? ¿Dónde estaba Seymour cuando hablaste con él?

–En el Salón Océano, tocando el piano. Ha tocado el piano las dos noches que llevamos aquí.

–¿Y qué te dijo el psiquiatra?

–No mucho. Fue él quien habló conmigo primero. Anoche estaba sentada a su lado en el bingo y me preguntó si era mi marido el que tocaba en la otra habitación. Le dije que sí y él me preguntó si Seymour había estado enfermo o algo así. Así que le dije…

–¿Por qué te lo preguntó?

–No lo sé, mamá. Supongo que porque está tan pálido y eso –dijo la chica–. En cualquier caso, después del bingo él y su mujer me dijeron que si quería tomar una copa con ellos. Les dije que sí. Su mujer iba horrorosa. ¿Te acuerdas de ese vestido tan feo que vimos en el escaparate de Bonwit? ¿El que dijiste que sólo podía llevarlo una mujer que tuviera un…?

–¿El verde?

–Sí. Y ella es toda caderas. No dejó de preguntarme si Seymour era pariente de esa tal Suzanne Glass que tiene esa tienda en Madison Avenue… De sombreros.

–¿Pero qué te dijo? El psiquiatra.

–No mucho, la verdad. Estábamos en el bar y todo eso. Había un ruido tremendo.

–Sí. Pero… ¿le dijiste lo que quiso hacer con el sillón de la abuela?

–No, mamá. No entré mucho en detalles –dijo la chica–. Probablemente tendré la oportunidad de volver a hablar con él. Se pasa todo el día en el bar.

–¿Te dijo si pensaba que cabía la posibilidad de que se pusiera… ya sabes, raro o algo así? De que pudiera hacerte algo.

–No exactamente –dijo la chica–. Necesitaba más información, mamá. Tienen que saber acerca de tu infancia y todas esas cosas. Ya te lo he dicho. Apenas pudimos hablar con todo el ruido que había en el bar.

–Bueno. ¿Qué tal tu abrigo azul?

–Bien. He hecho que le quiten parte de las hombreras.

–¿Cómo son los vestidos este año?

–Horribles. Pero impresionantes. Tienen lentejuelas y… de todo –dijo la chica.

–¿Qué tal la habitación?

–Está bien. Pero sólo bien. No hemos podido conseguir la que nos dieron antes de la guerra –dijo la chica–. La gente es horrible este año. Deberías ver a los que se sientan al lado nuestro en el comedor. En la mesa de al lado. Parece como si hubieran venido en camión.

–Es igual en todas partes. ¿Qué tal tu vestido de baile?

–Demasiado largo. Te dije que me quedaba demasiado largo.

–Muriel, sólo voy a preguntártelo una vez más. ¿De verdad que estás bien?

–Sí, mamá –dijo la chica–. Te lo he dicho noventa veces.

–¿Y no quieres venir a casa?

–No, mamá.

–Tu padre dijo anoche que estaría más que dispuesto a correr con los gastos si te fueras sola a algún sitio a reflexionar. Podías hacer un crucero bonito. Los dos pensamos…

–No, gracias –dijo la chica descruzando las piernas–. Mamá, esta conferencia va a costar una…

–Cuando pienso en cómo esperaste a ese chico toda la guerra… Cuando pienso en todas esas mujercitas desquiciadas…

–Mamá –dijo la chica–, será mejor que colguemos. Seymour va a volver de un momento a otro.

–¿Dónde está?

–En la playa.

–¿En la playa? ¿Solo? ¿Se porta bien en la playa?

–Mamá –dijo la chica–. Hablas de él como si fuera un maniaco furioso…

–Yo no he dicho nada de eso, Muriel.

–Pues lo parece. Lo único que hace es tumbarse en la arena. Ni siquiera se quita el albornoz.

–¿Que no se quita el albornoz? ¿Por qué no?

–No lo sé. Supongo que porque está tan blanco.

–¡Dios mío! Necesita tomar el sol. ¿No puedes hacer que tome el sol?

–Ya conoces a Seymour –dijo la chica volviendo a cruzar las piernas–. Dice que no quiere que un montón de idiotas se queden mirando su tatuaje.

–¡Pero si no tiene ningún tatuaje! ¿O es que se hizo alguno en el ejército?

–No, mamá. No –dijo la chica levantándose–. Mira, quizá te llame mañana.

–Muriel. Escúchame.

–Sí, mamá –dijo la chica pasando todo su peso a la pierna derecha.

–Llámame en el momento en que haga o diga cualquier cosa rara… ya sabes a qué me refiero. ¿Me oyes?

–Mamá, no tengo miedo de Seymour.

–Muriel, quiero que me lo prometas.

–Está bien, te lo prometo. Adiós, mamá –dijo la chica–. Un beso a papá.

Y colgó.

–Ver más cristal –dijo Sybil Carpenter, que se alojaba en el hotel con su madre–. ¿Ves más cristal?

–Deja ya de decir eso, tesoro. Estás volviendo a mamá totalmente loca. Estate quieta, por favor.

La señora Carpenter estaba aplicando bronceador a los hombros de Sybil y extendiéndolo sobre los delicados omoplatos que parecían alas. La niña estaba sentada frente al mar, en equilibrio sobre una enorme pelota de goma. Llevaba un bañador amarillo canario de dos piezas, una de las cuales no necesitaría hasta dentro de nueve o diez años.

–En realidad no era más que un pañuelo de seda corriente y normal. Lo veías cuando te acercabas –dijo la mujer que estaba sentada en una tumbona junto a la de la señora Carpenter–. Me gustaría saber cómo se lo anuda. Queda muy bonito.

–Suena precioso –asintió la señora Carpenter–. Sybil, estate quieta, tesoro.

–¿Ves más cristal? –dijo Sybil.

La señora Carpenter suspiró.

–Ya está –dijo tapando el bronceador–. Ahora vete a jugar, tesoro. Mamá se va al hotel a tomar un Martini con la señora Hubbel. Te traeré la aceituna.

Al verse libre, Sybil corrió inmediatamente a la orilla y echó a andar hacia el Pabellón del Pescador. Tras pararse solamente para hundir un pie en un castillo de arena inundado y medio deshecho, se halló pronto fuera de la zona reservada a los huéspedes del hotel.

Caminó unos trescientos metros y de pronto echó a correr en diagonal a través de la parte más arenosa de la playa. Cuando llegó al lugar en que un hombre joven estaba tumbado en la arena boca arriba, se detuvo bruscamente.

–¿Vas a meterte en el agua, ver más cristal? –dijo.

El joven se sobresaltó y se llevó la mano derecha a las solapas de su albornoz. Se volvió sobre el estómago, dejando caer una toalla enrollada que cubría sus ojos, y miró a Sybil de refilón evitando la luz del sol.

–¡Ah! Hola, Sybil.

–¿Vas a meterte en el agua?

–Te estaba esperando –dijo el joven–. ¿Qué hay de nuevo?

–¿Qué? –dijo Sybil.

–¿Que qué hay de nuevo? ¿Cuál es el plan?

–Mi papá viene mañana en un naireplano –dijo Sybil dando patadas a la arena.

–No me la eches a la cara, cariño –dijo el joven sujetando un tobillo de Sybil–. Bueno, ya era hora de que viniera tu papá. Llevo tiempo esperándole hora tras hora. Hora tras hora.

–¿Dónde está la señora? –dijo Sybil.

–¿La señora? –dijo el joven sacudiendo la arena de su fino cabello–. Es difícil saberlo, Sybil. Puede estar en cualquiera de mil sitios diferentes. En la peluquería. Tiñéndose el pelo de color visón. O en su habitación, haciendo muñecas para los pobres.

Tumbado sobre el estómago, cerró los puños, puso uno encima del otro y apoyó la barbilla en el de arriba.

–Pregúntame otra cosa, Sybil –dijo–. Llevas un bañador muy bonito. Si hay algo que me gusta es un bañador azul.

Sybil le miró sorprendida y luego bajó la vista a su estómago prominente.

–Este es amarillo –dijo–. Es amarillo.

–Ah, ¿sí? Acércate un poco.

Sybil dio un paso adelante.

–Tienes toda la razón. ¡Qué tonto soy!

–¿Vas a meterte en el agua? –dijo Sybil.

–Estoy considerándolo seriamente. Te alegrará saber que lo estoy meditando muy detenidamente, Sybil.

La niña hundió un dedo en el flotador de goma que el joven usaba a veces como almohada.

–Le falta aire –dijo.

–Tienes razón. Le falta más aire de lo que estoy dispuesto a admitir.

Retiró los puños y apoyó la barbilla en la arena.

–Sybil –dijo–, tienes muy buen aspecto. Me alegro mucho de verte. Háblame de ti.

Alargó las manos y sujetó con ellas los tobillos de Sybil.

–Yo soy capricornio –dijo–. ¿Tú qué eres?

–Sharon Lipschutz me ha dicho que la dejaste sentarse al piano contigo –dijo Sybil.

–¿Sharon Lipschutz te ha dicho eso?

Sybil asintió vigorosamente.

Él le soltó los tobillos, apartó las manos y apoyó una mejilla en su antebrazo derecho.

–Bueno –dijo–, ya sabes cómo son esas cosas, Sybil. Yo estaba allí tocando. Y a ti no se te veía por ninguna parte. Sharon Lipschutz se acercó y se sentó a mi lado. No podía echarla de un empujón, ¿no?

–Sí.

–No. No. No podía hacer eso –dijo el joven–. Pero te diré lo que hice.

–¿Qué hiciste?

–Me imaginé que eras tú.

Sybil se agachó inmediatamente y empezó a hacer un hoyo en la arena.

–Vamos al agua –dijo.

–Está bien –dijo el joven–. Creo que podré dedicarte un momento.

–La próxima vez, empújala –dijo Sybil.

–¿A quién?

–A Sharon Lipschutz.

–¡Ah, Sharon Lipschutz! –dijo el joven–. Cómo surge ese nombre. Mezclando recuerdo y deseo.

De pronto se puso de pie. Miró al mar.

–Sybil –dijo–. Te diré lo que vamos a hacer. Vamos a ver si podemos pescar un pez plátano.

–¿Un qué?

–Un pez plátano –dijo soltándose el nudo del cinturón.

Se quitó el albornoz. Tenía los hombros blancos y estrechos y llevaba un bañador azul. Dobló el albornoz,

primero a lo largo y luego en tres veces. Desenrolló la toalla con que se había cubierto los ojos, la desplegó sobre la arena y luego colocó sobre ella el albornoz doblado. Se agachó, cogió el flotador y se lo puso bajo el brazo derecho. Después, con la mano izquierda, cogió a Sybil de la mano.

Los dos echaron a andar hacia la orilla.

–Me imagino que habrás visto un montón de peces plátano en tu juventud –dijo el joven.

Sybil negó con la cabeza.

–¿No? Pero tú, ¿dónde vives?

–No lo sé –dijo Sybil.

–Claro que lo sabes. Tienes que saberlo. Sharon Lipschutz sabe dónde vive y sólo tiene tres años y medio.

Sybil se detuvo y soltó su mano de un tirón. Cogió una concha y la miró con marcado interés. La tiró al suelo.

–Whirly Wood, Connecticut –dijo, y siguió andando precedida por su estómago.

–Whirly Wood, Connecticut –dijo el joven–. ¿Por casualidad está eso cerca de Whirly Wood, Connecticut?

Sybil le miró.

–Es donde vivo –dijo con impaciencia–. Vivo en Whirly Wood, Connecticut.

Corrió unos pasos por delante de él, se cogió el pie izquierdo con la mano izquierda y dio dos o tres saltos.

–No sabes hasta qué punto aclara eso las cosas –dijo el joven.

Sybil se soltó el pie.

–¿Has leído *El negrito Sambo?* –preguntó.

–Tiene gracia que me hagas esa pregunta –dijo él–. Da la casualidad de que acabé de leerlo anoche.